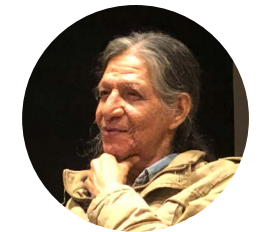


Se es donde se está

Escrito por: Jaime Martínez Luna;
rectoria@uaco.edu.mx,
México



Uno es resultado del medio que nos envuelve. El territorio que se pisa, los seres que nos rodean, la labor que realizamos y cuyos resultados celebramos, son la definición de nuestro ser.

Es necesario advertir que en la medida de que es ese universo concreto el que respiramos, a nuestra existencia la definen tanto ese mismo espacio y la gente que lo habita como lo que hacemos y lo que logramos con nuestro hacer.

Lo que se consume responde a las particularidades de esa circunstancia. La calidad que puede observarse en el consumo de alimentos proviene tanto del contexto concreto que se habita, como de la formación que se ha tenido cuando se ha habitado otros lugares. Pero si se es sedentario, nuestra cultura alimentaria dependerá en gran medida del espacio que nos ofrece la existencia.

Es importante anotar que la alimentación es uno de los elementos vivenciales que el modelo de vida hegemónico nos obliga a consumir. La industrialización de los alimentos debilita sistemáticamente la calidad de lo que nos alimenta. La obtención de capital en la producción y la distribución de los alimentos ha sido el objetivo de la industrialización, la que se ha acompañado de un empobrecimiento de los alimentos. El consumo indiscriminado de la llamada comida chatarra acompaña el proceso de proletarización y de sometimiento laboral que brilla en

las grandes ciudades, que en sí mismas, son el modelo estimulado por el capital para el incremento de sus utilidades.

La urbanización explica o es consecuencia lógica del empobrecimiento alimentario. Ciudad, industria y comida chatarra van de la mano. Se explican como el deterioro de condiciones apropiadas y sanas de convivir.

La industria se caracteriza por argumentarse en la generación de empleos, cuando su verdadero objetivo lo representa el lucro. La misma industria alimentaria tiene consecuencias nefastas en el trabajo campesino, quien observa la elevación de sus costos de producción y que, por lo mismo, se ve presionado a emigrar a la ciudad con el consecuente abandono de su parcela. Esto, que ya ha sido demostrado por infinidad de estudios, solo lo mencionamos como referencia general del porqué el ritmo urbano, como consecuencia de un proceso industrial alimentario, explica el consumo aberrante de productos de evidente cantidad, más no de calidad alimentaria.

El carácter colonial que muestra el modelo de vida en que estamos presionados a existir, nos permitirá vislumbrar los posibles caminos que pueden apuntar no sólo al incremento de empleos en el campo sino a darle mayor calidad a nuestro régimen alimentario. Importante es señalar el monocultivo impuesto por la invasión

al continente que habitamos, que ha dejado a la parcela múltiple e integral en un segundo lugar. El monocultivo al ser una producción ligada y explicada para el mercado, además de ser consumidor de elementos empobrecedores de la calidad de la tierra (fertilizantes, pesticidas, etc.) para ser producción mercantil, se separa de la necesidad de una diversidad de componentes que le dan calidad a la comida. Ello significa que el uso de suelo no responde al interés de una buena existencia sino al lucro. Esto es una situación que demuestra que la humanidad mercantil mira a la tierra como una mercancía o un insumo más en la producción de capital.

Si bien ello parece lógico en una orientación urbanizadora, también demuestra que pensar así la humanidad la convierte en el centro del universo, adueñándose del planeta que integramos todas las especies y no nada más la humana.

Realmente este es el centro de nuestra reflexión: la comida es integrada por otras especies vivas que habitan el mismo planeta. Es decir, para garantizarnos la existencia tenemos que intercambiarla con especies que también existen.

La ciencia sensorial, es decir aquella que se realiza como el resultado de nuestros sentidos, ha demostrado los ciclos de intercambio que se dan en cada ecosistema, que son ciclos

de sobre vivencia que explican su razón de ser. Nosotros comemos carne porque ciertas especies animales participan del ciclo que habitamos, es decir no consumimos carne simplemente por depredación innata, sino porque hay una relación con esas especies que se hacen en el intercambio de nutrientes y que, por lo mismo, son un ciclo natural. Es más, hasta producimos caseramente especies animales que se convierten en nuestra dieta alimenticia, llegando a extremos aberrantes en la vivencia industrial urbana. Esto quiere decir que lo que es el intercambio natural dentro de ciclos de existencia, la voracidad del capital la convierte en una aberración que empobrece la dieta natural en un ecosistema.

Mucho se ha hablado de lo negativo que es el consumo de cárnicos, pero es importante señalar que, así como consumimos otras especies de plantas y de animales, nuestros cuerpos son también posibles de consumir, no por la propia especie bajo motivos más que nada culturales, pero si por otras especies animales. Esto no es frecuente dado los mecanismos de defensa que el ser humano ha diseñado para su defensa. Cuestión que responde a otros particulares que no son motivo de reflexión es este momento.

La comida es una necesidad básica para todas las especies que integramos este planeta Tierra y, por ello, ubicamos a la alimentación como un proceso intenso de intercambio

entre las especies terrestres. Las especies vegetales tienen vida, por lo mismo nutrientes para la vivencia de nuestro organismo; lo mismo sucede con las especies animales, quienes también nos aportan elementos para la existencia.

Por ello, resulta fundamental entender el concepto de complementariedad, es decir, del intercambio de vida entre las especies. Las especies nos complementamos, ninguna es superior a las demás y ninguna puede arrogarse la categoría de estar encima del resto; lo aberrante se da cuando la especie humana se considera el centro del universo y como tal dueña de todo lo que existe a su alrededor, y es ese un ejercicio de poder que el humano, desde una visión científica sensorial y numérica, se adjudica.

En otras publicaciones ya hemos explicado que la visión homóclatra u homocéntrica tiene al Poder, La Propiedad y el Mercado como caracterización, y que esta visión colonialmente se les ha impuesto a todos los espacios colonizados. El poder emerge del poder de una visión sensorial, fundada en la elaboración de los sentidos, fundamento en que se basa la Ciencia Sensorial, que argumenta la superioridad de la especie humana por encima del resto de especies.

Aquí es donde separamos la visión colonial u Homóclatra de una visión natural, que no parte de los sentidos

sino del fenómeno respirativo, es decir, de nuestra pertenencia integral al mundo, al igual que el resto de las especies. Todas las especies respiramos, hasta la Tierra respira y por lo mismo tiene movimiento.

Partir de que primero respiramos y luego si vemos, escuchamos y tocamos es el fundamento de la Ciencia Natural que nos explica como mundo, como una especie dependiente de un oxígeno producido por las especies que le habitan. Si dependemos del mundo, así mismo debemos explicar y sostener una relación de equidad con nuestras hermanas especies terrenales. Partir de la respiración, es entender que no vivimos solos, que no nacemos solos, sino que somos el resultado de nuestros entornos, de nuestros contextos, de la naturaleza integral del planeta.

Hasta ahora hemos padecido el antropocentrismo como actitud derivada del poder que nos da lo sensorial, que se apropia de lo que ve, lo que escucha, lo que toca, convirtiéndose a sí mismo como el ser superior o céntrico, y enarbola su libertad para hacer del planeta un mercado total. Asumir como verdadero el razonamiento del poder, implica que veamos casi natural el que sea la especie humana quien únicamente decida qué hacer con las otras especies; esto se fortalece con la apropiación individual que se obtiene por el poder sensorial que estimula

el positivismo hecho razonamiento científico homocéntrico. Ver al mundo desde nuestra pertenencia a su dinámica, implica sentir racionalmente la complementariedad, algo que de muchas maneras ha quedado demostrado en el razonamiento campesino u originario que se observa en muchas regiones rurales, varias de ellas alejadas de lo urbano e incluso adentradas en tierras montañosas. Percibirlo así implica de manera profunda respetar la existencia del otro, su experiencia, su criterio, y entender que convivimos a través de la acción, lo que nos da la reciprocidad como ética profunda. La equidad, el respeto y el trabajo que logra reciprocidad son los principios de una civilización que emana del reconocimiento que al respirar pertenecemos al mundo y, con ello, la complementariedad para el logro de la existencia es básica.

Lo agroecológico en la producción de alimentos es una corriente que se acerca al razonamiento natural, pero no deja de ver a la tierra como el instrumento que se ha de manejar. Sin embargo, dado que la comunicación hegemónica invade planes de estudio en todo tipo de escuela o Universidad, es importante empezar desde los límites mismos del razonamiento colonial y sensorial.

En el entendido de que el régimen de derecho también es herencia de la visión o de la civilización del poder,

es importante trascender también la concepción de que es un derecho del humano el manejar a su antojo a las demás especies. El derecho Romano es colonial, por ello ampara y hace respetar la visión homólatra hegemónica. Ante ello, y partiendo de un intento de reconceptualizar desde nuestra dependencia y pertenencia al mundo, proponemos el concepto de Ombligación, palabra que explica nuestra relación umbilical al planeta, es decir, pertenecemos al mundo no por obligación, sino por Ombligación.

Si se pertenece al planeta -a quien debemos y con quien hacemos la vida-, la agroecología debe radicalmente definir una posición al respecto. No se trata solamente de reconocer el saber campesino, sino la fuente racional de la cual este emerge. En otras palabras, no es mirar al pasado que ha sido abandonado o excluido por el razonamiento colonial, sino entender la Ombligación como una relación natural, que razona su existencia presente como complemento armónico con el resto de las especies con quienes hacemos la vida. Esto que parecería normal no lo es en la medida que no es lo mismo la homolatría que la naturolatría, ni es lo mismo lo homocéntrico que lo naturocéntrico.

Respetar el saber en el campo es necesario para descolonizar el razonamiento hegemónico, y ello se alcanza cuando se comprende que aquel encuentra su fundamento en la respiración, en el acto de reconocer

que se depende del mundo y no que el mundo depende de nosotros; poner fin a este pensamiento prepotente que ha gobernado el razonamiento a lo largo de milenios.

Aceptar que hemos hecho la vida desde el error, es una cuestión difícil de admitir; sin embargo, aún estamos a tiempo de corregir el intercambio natural entre especies que se ha volcado a un servicio de todas las especies a una sola: la humanidad.



